

F1219

S62



1080017432

No one can refuse his admiration to the intrepid spirit which could prolong a defence of his city, while one stone was left upon another; and our sympathies, for the time, are inevitably thrown more into the scale of the rude chieftain, thus battling for his country's freedom, than into that of his civilized and successful antagonist.

WILLIAM H. PRESCOTT.

DEUDA de gratitud, contraida por los mexicanos hace más de tres siglos, es la que hoy paga nuestro Gobierno inaugurando el grandioso monumento que honrará de una manera perdurable al último de los emperadores aztecas, á quien se debe reputar por el primero y más ilustre de los defensores de la nacionalidad fundada por Tenoch en 1327. Obedece, pues, al más noble de los sentimientos, la glorificación de CUAUTHEMOC, y ofrece leccion elocuentísima de que más tarde ó más temprano, llega la hora en que los pueblos rinden el homenaje de su admiracion á los que fueron sus más esforzados campeones.

La historia ha recogido en sus inmortales páginas las gloriosas hazañas del guerrero azteca, y



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla de San José
Biblioteca Universitaria 002755
40129

nada más oportuno que traerlas hoy á la memoria de los que asistan á la inauguracion del monumento destinado á perpetuar el recuerdo del valeroso CUAUTHEMOC.

Cuitlahuac, el infortunado monarca de quien un historiador ilustre, aunque poco justiciero, se ha atrevido á hablar con afectado desden; pero cuya memoria está unida á la de aquella jornada gloriosa para los mexicanos, conocida de todos con el nombre de *La noche triste*, acababa de sucumbir, no en fiera lucha con las huestes castellanas, sino víctima de asoladora epidemia importada por los invasores del Anáhuac. Muerto Cuitlahuac, en 1520, ascendió al trono CUAUTHEMOC, príncipe y á la sazón sumo sacerdote, que habia tomado por esposa á la hija de Moctezuma, viuda del soberano á quien él debia suceder en el mando supremo del imperio.

CUAUTHEMOC, segun el testimonio de Bernal Diaz del Castillo, que le conoció muy de cerca, era al subir al trono, jóven como de veinticinco años de edad, *bien gentil hombre para ser indio, y que se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban de él.*

La coronacion de CUAUTHEMOC tuvo lugar en uno de los últimos dias del mes de Enero —entre el 25 y el 29— de 1521, si hemos de adoptar el cómputo hecho por el más respetable y concienzudo de nuestros historiadores.

Bajo más siniestros auspicios no ha empuñado el cetro soberano alguno: llevaba él por nombre CUAUTHEMOC, es decir, *águila que descendió*, y ceñia á su frente la corona imperial en los dias aciagos (nemontemi). “Desmoronábase el imperio —dice el sabio Orozco y Berra,— por la traicion de sus hijos y la espada del conquistador. Subir entónces á rey no era para gozar las lisonjas de palacio, sino para arrostrar los peligros del campamento; bajo el manto real se cobijaban la destruccion y la muerte. El jóven patricio, amador del combate, aborrecedor de los conquistadores, sabia su destino al aceptar el mando. Fué el primero que se rebeló contra el embrutecido Moctezuma; el primero que alzó la voz y la mano para escarnecer y herir al mal ciudadano; identificó su suerte con la de la patria, resuelto á pelear hasta el último trance. La peste dieztaba la ciudad, arrancándole sus mejores ornamentos; no importaba, los vivos sabian seguir el ejemplo de los muertos.”

En tales momentos, Cortés, que ya se habia re- puesto en Tlaxcala del descalabro que sufrió en la *Noche triste* de la salida de México, y despues de haber llevado á cabo varias conquistas importantes, resolvió venir á poner cerco á la gran metrópoli mexicana, con un ejército que algunos historiadores dicen haber ascendido á cerca de trescientos mil hombres.

CUAUTHEMOC, sabedor de todos los pasos del ene-

migo, hacia esfuerzos sobrehumanos por preparar la defensa de la capital de su imperio. Los prodigios que obraban su energía y su actividad admiran, y el sublime heroísmo por él desplegado no tiene precedente ni halla en nuestra historia un rival sino en el defensor de Cuautla, en el gran Morelos.

Palmo á palmo defendió valerosamente la ciudad, y cuando vió perdida la parte meridional de ésta, reconcentró todos sus elementos de guerra en Tlaltelolco, donde hizo frente por largo tiempo á los rigores del hambre, á la peste, al número de sus enemigos y á la superioridad de las armas de fuego y de la táctica europea, rechazando con indómito brío cuantas proposiciones de paz le hicieron los sitiadores.

“La defensa de la ciudad por los tenochca, dice el autor que citamos poco há, es un hecho asombroso, digno de ponerse en parangon con la de Jerusalem, con la de Sagunto y de Numancia, con la de Zaragoza. Los guerreros, casi desnudos, con armas débiles, entregados á sus propias fuerzas, combatian contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos del acero y del fuego, apoyados por un sinnúmero de aliados. Casi siempre derrotados, volvian á la pelea sin faltarles nunca el ánimo, aunque convencidos de que les esperaba una muerte segura, que preferian, á perder la libertad. Acabados los mantenimientos, comieron las sabandijas

del agua, los insectos del suelo, las yerbas, las hojas y las cortezas de los árboles; escarbaron la tierra para sacar las raíces. Los insepultos cadáveres colmaban los fosos, obstruian las calles, llenaban las casas; la corrupcion envenenó el aire, y la peste pavorosa sobrevino. Arrasados los edificios hasta los cimientos, luchaban sobre los escombros, refugiándose despues á lo que en pié quedaba: vendidos por sus amigos, abandonados por sus aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurreccion, hicieron frente á todos, y además á los hombres blancos y barbados, á los dioses, á quienes el antiguo profeta daba el dominio de la tierra. Combatieron, y combatieron sin tregua ni descanso; nadie habló de rendirse, no obstante haber sido solicitados frecuentemente con la paz; cayó la ciudad en poder del enemigo cuando no era más que ruinas, cuando los hombres estaban muy merma-dos y hambrientos, débiles, cansados, y ni tenían armas y quedábales sólo el *macuahuitl* que con dificultad podian blandir; cuando el contagio hacia inútil todo esfuerzo; cuando estaban desamparados hasta de sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en prometimientos, avaros á la hora de cumplirlos. Admira la defensa, asombra aquella tribu indómita, inspira respeto y entusiasmo la noble figura del rey CUAUTHEMOC.”

Quiso la infausta suerte que tanta abnegacion y tanto patriotismo no fuesen coronados por la vic-

toría, y el 13 de Agosto de 1521, despues de más de sesenta dias de asedio, lograron los españoles ver destruido el último baluarte de los defensores de la independencía mexicana.

Un sabio compatriota nuestro, en obra que aun permanece inédita, pero que he tenido ocasion de ver, hablando por incidencia de CUAUTHEMOC, sostiene la tésis de que este prócer ilustre no puede ser el héroe de un verdadero poema épico, á pesar de toda su grandeza, porque fué vencido, y no hay epopeya alguna, entre las que generalmente son reputadas como modelos en este género poético, en la que el héroe no sea el vencedor. Ciertó es que la figura de CUAUTHEMOC apareceria cubierta de más esplendente gloria, si cabe, sin la fuga que emprendió el 13 de Agosto. dándose la muerte al disparar su última flecha, para no caer en manos del conquistador; cierto que así habria puesto digno remate á una vida heróica, ejemplo del más acendrado patriotismo, y cierto es, tambien, que pierde algo de su elevadísima talla, cuando le vemos apelar á la fuga y le vemos aprehendido en compañía de débiles mujeres y de niños más débiles aún.

Empero vuelve CUAUTHEMOC á agigantarse ante nuestros ojos, cuando, ya en su derrota, revela ser el tipo de la caballerósidad azteca, en el instante en que detiene el brazo de sus remeros al ver preparadas las ballestas y los arcabuces de los que le

perseguian, diciendo: "No me tiren, que yo soy el rey de México y desta tierra, y lo que ruego es que no me llegues á mi mujer ni á mis hijos, *ni á ninguna mujer*, ni á ninguna cosa de las que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me llesves á Malinche."

CUAUTHEMOC al constituirse prisionero por evitar la muerte de las mujeres que llevaba en su fuga, no era indigno del respeto de los soldados de la nacion que se hapreciado siempre de hidalga, y cuyos hijos han combatido por su Dios, por su rey y por su dama.

Y aun hay más todavía. Si CUAUTHEMOC, como algunos de los héroes de los poemas primitivos, hubiese apelado al suicidio para que su cadáver desapareciese entre los escombros de su derruido imperio, no existirían en nuestra historia aquellos dos rasgos de incomparable y sublime grandeza, que aun los más parciales historiadores han tenido que ensalzar, constreñidos por el irresistible poder de lo que es verdaderamente acreedor á los loores de la fama.

Oigamos cómo refieren testigos presenciales, la noble entereza del vencido monarca, al encontrarse frente á frente de Cortés.

La azotea en la cual estaba D. Hernando, era la de la casa de un principal llamado Aztaoatzin, en el barrio de Amaxac; hízola aderezar con mantas y esteras lo mejor que de pronto se pudo, man-